

La filosofía de la historia de Edmundo O’Gorman

Rodrigo Díaz Maldonado

Una de las obras más importantes en el horizonte historiográfico de nuestro país es, sin lugar a dudas, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, de don Edmundo O’Gorman, cuya versión definitiva se publicó (en inglés) allá en el año de 1961.¹ Todos aquellos que la hayan leído estarán de acuerdo conmigo cuando afirmo que, para hablar de este libro con un mínimo de decencia intelectual, se requieren, por lo menos, unas treinta o cuarenta páginas.² Pero eso, claro está, si pretendiéramos dar cuenta a cabalidad de su estructura y contenidos. Al no ser ésa mi intención, pues ni el espacio ni la paciencia de los lectores me lo permiten, me limitaré a formular algunas reflexiones encaminadas a mostrar aquellos elementos que han hecho, y hacen, de esta obra un verdadero clásico. Y por clásico entiendo lo mismo que Ortega y Gasset, es decir, aquellos trabajos que, sin importar el paso del tiempo, nos siguen dando batalla, nos hablan desde el pasado y nos obligan a pensar.

Pero, ¿*La invención de América* posee esa suerte de elemento atemporal? Me atrevo a decir que el propio O’Gorman negaría rotundamente que en su obra, o en la de cualquiera, exista algo que escape al tiempo. Pero también estoy seguro de que no negaría que existen problemas más importantes que otros y que dichos problemas, si bien no alcanzan la eternidad, sí son por lo menos bastante persistentes. Y es ahí donde debemos buscar a los clásicos: en la persistencia de los problemas que abordan.

¹ Para este ensayo se utilizó la siguiente edición en español: Edmundo O’Gorman, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, Segunda edición aumentada y corregida, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, 195 pp.

² De hecho, el presente texto es una versión modificada y considerablemente reducida de mi artículo “La ruta de la Invención: el jardín de los senderos que se bifurcan”, Álvaro Matute y Evelia Trejo, coordinadores, *Escribir la historia en el siglo xx: treinta lecturas*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2005, pp. 291-316. El lector interesado podrá encontrar ahí un análisis más completo de los antecedentes intelectuales, las implicaciones filosóficas y la estructura de la obra.

Lo anterior quiere decir que esta obra de O’Gorman no es un clásico gracias a los datos que contiene, pues es bien sabido que el discurso histórico, siempre hijo de su tiempo, está expuesto a cierto tipo inevitable de caducidad, debida al avance mismo del conocimiento. ¿Será, acaso, su estilo el que le otorga permanencia? No lo creo, pues, aunque brillante y claro a nuestros ojos, el estilo de O’Gorman no es atemporal y se encuentra ligado a los avatares de la historia del gusto. ¿Y la interpretación? Podría ser, siempre y cuando entendiéramos “interpretación” en un sentido bastante amplio. Si interpretar, como sostiene el propio O’Gorman, consiste en atribuir una intencionalidad específica a una acción igualmente específica, resulta claro que cualquier interpretación depende no sólo de la habilidad y pericia del intérprete, sino también de la cantidad de información de que disponga al momento de realizar su trabajo. Por ello, todas las interpretaciones son históricas y relativas. Pero, ¿si abandonamos ese sentido restringido de “interpretación” y la entendemos como la imagen que del mundo y de su devenir se tenga en determinado momento, imagen que, sin dejar de ser relativa es, al mismo tiempo, indudablemente verdadera? Es decir, ¿qué pasa si entendemos “interpretación” como “filosofía de la historia”? Creo que si nos tomamos esa licencia podremos comprender mejor *La invención de América*, trabajo que, a mi juicio, más que un libro de historia es una verdadera filosofía de la historia de donde se desprende, según creo, su carácter de clásico.

Nuestra pregunta debe ser, en consecuencia, ¿qué es lo que hace de esta obra una filosofía de la historia? Si entendemos “filosofía de la historia” como la reflexión directa sobre el diseño y estructura del devenir humano, o mejor dicho, sobre el diseño de la totalidad del tiempo, pasado, presente y futuro, lo que andamos buscando son aquellas indicaciones hechas por O’Gorman que se ajusten a tan escueta definición. El propio subtítulo de la obra es muy revelador: *Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*. Y cuando O’Gorman dice *devenir* nos da una clara indicación de lo que después habremos de confirmar en la lectura: el pasado

forma una unidad con el presente y, juntos, se proyectan en el futuro.

Pero avancemos con cierto orden. Como todos saben, este libro de O’Gorman se divide en cuatro secciones principales distribuidas de la siguiente forma: en primer lugar, se intenta poner en evidencia lo profundamente inadecuada que resulta la “idea del descubrimiento de América” para explicar aquello que en realidad constituye un largo proceso de construcción ontológica; misión encomendada a la Primera parte, que lleva por título “Historia y crítica de la idea del descubrimiento de América”. La Segunda parte, denominada “El horizonte cultural”, no desempeña un papel propiamente argumentativo dentro de la estructura de la obra. Al ser una “presentación del horizonte cultural que sirvió de fondo al proceso de la invención de América”,³ funciona como un soporte contextual para la Tercera parte. El siguiente paso de O’Gorman consiste en la sustitución de la idea del “descubrimiento” por la idea de “invención”, que él considera correcta pues sólo gracias a ella se consigue dar cuenta del proceso onto-

³ Edmundo O’Gorman, *op.cit.*, p. 10.

lógico antes mencionado. Este cambio de perspectivas tendrá lugar en la Tercera parte, titulada “El proceso de la invención de América”. Por último, una vez alcanzada la meta de la sección anterior, es decir, una vez que se ha mostrado cómo surgió y de qué forma se integró América en la conciencia histórica del mundo occidental, todavía está pendiente aclarar “cuál es la estructura del ser que, bajo ese nombre (América), le fue concedido a las nuevas tierras”.⁴ Obviamente, esta última tarea resulta monumental, por lo cual O’Gorman se limita a la exposición de sus “articulaciones esenciales”, dando lugar, de este modo, a la sección propiamente especulativa que cierra la obra (“La estructura del ser de América y el sentido de la historia americana”). Sin esta última parte *La invención de América* sería un muy buen libro de historia de las ideas, pero no una filosofía de la historia. Veamos, aunque sea muy someramente, el porqué.

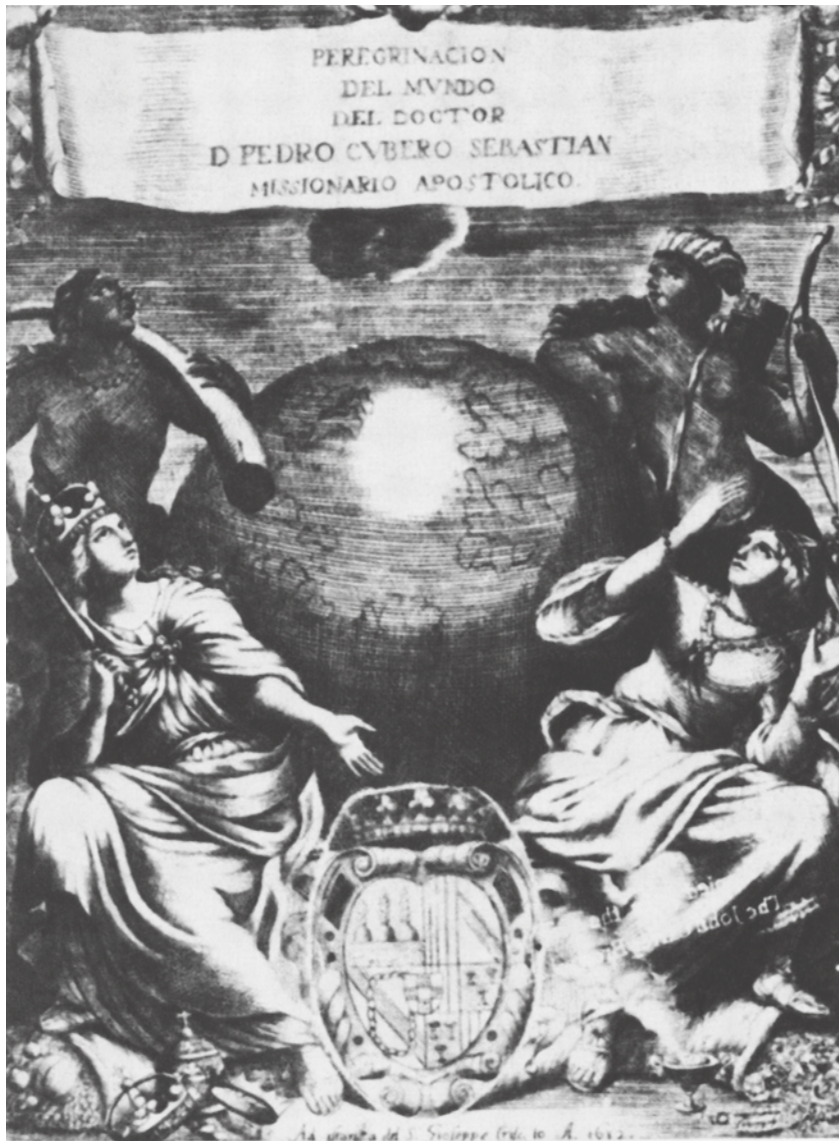
O’Gorman nos dice que el proceso de la invención de América, en cuanto a su significado, tuvo dos principales vertientes: la geográfica y la moral, profundamente interconectadas entre sí. Es decir, primero, tras un largo proceso, se llegó a la conciencia de que América era, en efecto, “la cuarta parte del mundo”, un nuevo continente, lo cual destruía en definitiva la tradicional imagen tripartita del mundo. Esto fue de enormes consecuencias para la cultura occidental, pues se abría:

La posibilidad de que el hombre comprendiera que en su mundo cabía toda la realidad universal de que fuera capaz de apoderarse para transformarla en casa y habitación propia; que el mundo, por consiguiente, no era algo dado y hecho, sino algo que el hombre conquista y hace y que, por lo tanto, le pertenece a título de propietario y amo.⁵

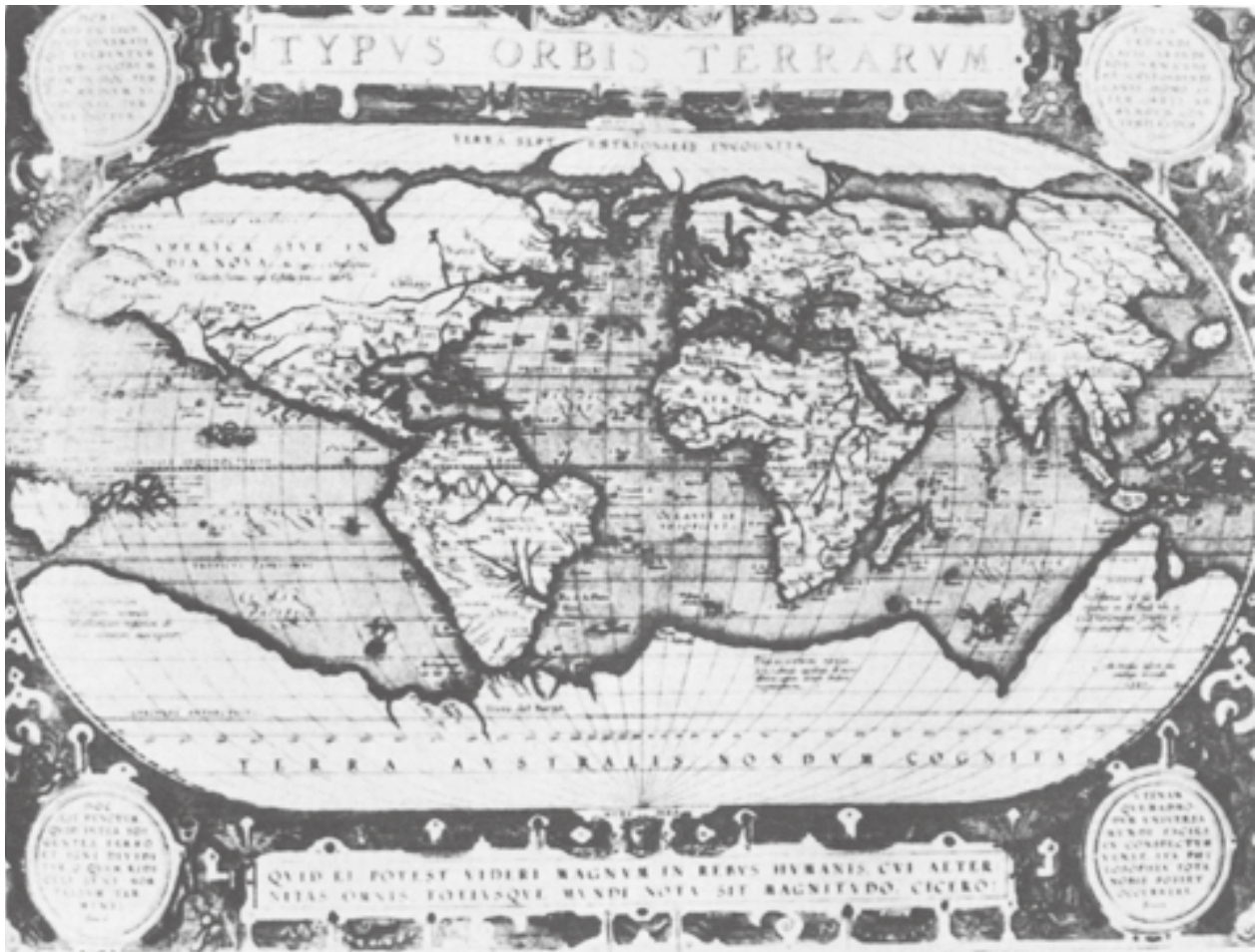
El hombre, así, finalmente es capaz de romper las cadenas que él mismo, durante siglos, se había forjado, para colocarse en el centro de la realidad universal. El proceso de la invención de América no es, pues, un mero divertimento reductible a un pequeño grupo de intelectuales o viajeros. Por el contrario, en él se refleja la vida y el destino que asume para sí la cultura occidental. Destino que, es fácil darse cuenta, consiste en la vocación universalista de nuestra cultura, la cual, según O’Gorman, está obligada, por su pasado, a extenderse por el mundo. Esto, si no me equivoco, nos permite comprender mejor la naturaleza de las relaciones que Occidente ha mantenido con todas las culturas no occidentales, y en última instancia, la raíz de problemas que, en el presente, demandan con urgencia soluciones.

⁴ *Ibidem*, p. 136.

⁵ *Ibidem*, p. 140.



Pedro Cubero Sebastián, *Peregrinación del mundo*, 1682



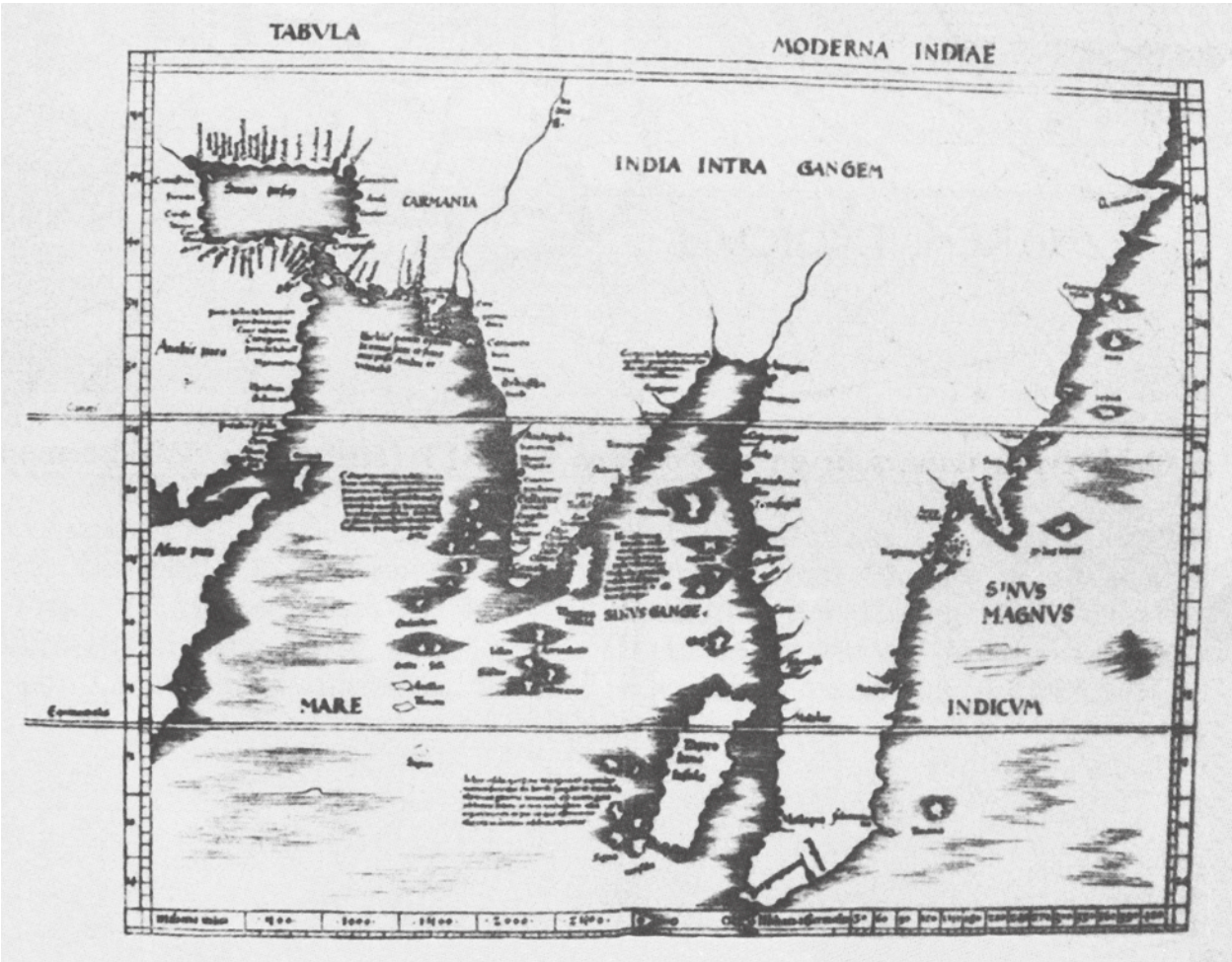
Abraham Ortelio, *Typus Orbis Terrarum*, 1590

Lo anterior se complementa con la vertiente moral del proceso de invención de América. Pues aunque ahora el mundo en general, y América en particular, son realidades que deben ser creadas y conquistadas por el hombre, los caminos para hacerlo no están definidos. Las elecciones concretas, es decir, las posibilidades del ser efectivamente elegidas en el pasado, fueron dos: la de la imitación, o reproducción del modelo europeo en América, y la de la originalidad, o intento por trascender a Europa en América. Se refiere a los modelos ibérico y anglosajón, respectivamente. Esta perspectiva nos da la clave para comprender, según O’Gorman, el destino histórico y las posibilidades de futuro de las llamadas dos Américas, pero muy especialmente de América Latina, pues O’Gorman ve en

su nacimiento una suerte de desajuste ontológico que la ha obligado, todavía sin éxito, a buscar en el exterior modelos a imitar, tanto en lo político como en lo social. O’Gorman no lo dice abiertamente, pero este diagnóstico implica, por el mismo hecho de enunciarse, que América Latina no podrá encontrar una verdadera solución a sus problemas, mientras no se decida a buscar una nueva vía, la de una historia auténtica que renuncie a la imitación y, haciendo efectiva la libertad ganada por el hombre occidental, se dedique a crear su propio y exclusivo camino.

Si lo anterior no constituye una demostración en el sentido estricto del término, por lo menos es suficiente como para apuntalar un poco mejor mi argumento: los problemas principales de O’Gorman son el ser y el

La invención de América, más que un libro de historia es una verdadera filosofía de la historia, de donde se desprende, según creo, su carácter de clásico.



Waldseemüller, *Moderna Indiae*, 1503

devenir tanto de América como de la cultura occidental. No es poca cosa. A mí, por lo menos, me parecen problemas bastante persistentes, del tipo de los que encontramos en las filosofías de la historia que, según indicios recientes, han caído en el descrédito en este mundo nuestro, tan posmoderno y contradictorio. Pero tal animadversión contemporánea, pensaría O’Gorman, no está del todo mal, pues es tan sólo una muestra de uno de sus argumentos preferidos: el hombre siempre es libre de ensayar nuevas posibilidades o en sus propias palabras:

Las posibilidades de la existencia humana son infinitas; pero lo importante es advertir que no serían lo que son, es decir, posibilidades, si no fuera porque el hombre *es* él, la posibilidad suprema de burlarse de las posibilidades realizadas cuando le aburren. El hombre es el supre-

mo burlador, porque es el burlador, no de Sevilla, sino de sí mismo.⁶

Creo, pues, que con toda justicia podemos afirmar que *La Invención de América* es un verdadero clásico, en el mejor de los sentidos, ya que no sólo se limita a abordar problemas que, en nuestro tiempo, siguen vigentes, sino que postula como solución posible un reconocimiento pleno de la relatividad de la condición humana. Sólo a partir de asumir por completo esta verdad, será posible recuperar un sentido unitario de la acción y el pensamiento humanos que, sin negar la diversidad, permita una comunión real entre los hombres. **U**

⁶ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, Imprenta Universitaria, México, 1947, XII-349 pp, p. 87.

Los problemas principales de O’Gorman son el ser y devenir tanto de América como de la cultura occidental. No es poca cosa.